

IGNACIO BALLESTER PARDO (coordinador académico). *Una tradición frente a su espejo. Estudios críticos por los 50 años del Premio Nacional de Poesía Aguascalientes*. Aguascalientes: Instituto Cultural de Aguascalientes/Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura/Seminario de Investigación en Poesía Mexicana Contemporánea, 2019. 432 pp.

Dice Pierre Bourdieu que el investigador no tiene más opción que llegar tarde a la fiesta, “cuando los faroles están sin brillo y los andamios retirados”. A diferencia del crítico o el ensayista que padecen, además de la angustia del eunuco (Steiner), la urgencia de la actualidad, el investigador participa del uso horario de la historia que apremia poco al presente. Su relación con el tiempo es, sin duda, más amigable y con la creación, con la “genialidad del autor”, más bien altanera, desconfiada, como si tuviera siempre bajo la manga “las causas de las cosas”. Si bien para él la obra no carece de interés, su mirada examina los discursos que la convierten en “obra”, en la conspiración de las instituciones sociales y los usos de la tradición, en los depósitos categoriales y la rivera de los procesos. La obra es, ante todo, un complejo, y el especialista habrá de exponerlo, hacer las preguntas adecuadas. Salvo excepciones, está movido por una necesidad. En identificarla está, creo yo, la angustia que lo somete, el fantasma del “rigor” que nunca duerme o, al menos, que no debería.

Pero qué pasa cuando la fiesta la arman los propios investigadores, los especialistas, los que normalmente se mueven al ritmo de la cátedra. Qué pasa cuando de repente los estudiosos tienen la oportunidad de encender ellos las farolas, pautar la música que se escuche, hacer escuchar al presente. El volumen *Una tradición frente a su espejo. Estudios críticos por los 50 años del Premio Nacional de Poesía Aguascalientes* es uno de los testimonios de esa coincidencia y, por supuesto, de esa fortuna. Resultante del Coloquio 50 años del Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes, gestionado por Ignacio Ballester Pardo en nombre del Seminario de Investigación de Poesía Mexicana Contemporánea, y con la ayuda de instituciones académicas y de gobierno, el libro se inserta en la discusión de paradigmas de legitimidad de la crítica literaria en México desde el análisis y la auscultación historiográfica de un acontecimiento que se ha mantenido, ininterrumpidamente, interpelando a la poesía y a los lectores por más de medio siglo ya.

Consensos hay varios entre los presentes: el Premio Aguascalientes ha incidido en los procesos de configuración de la historia de la poesía en México. Ha sido susceptible a las irrupciones y tendencias estéticas que han modelado el canon. Operó un giro en el *mainstream* estético dominado por los nombres de *Poesía en movimiento*. Tiene fecha de bautismo en 1968, cuando los desmanes del poder gubernamental exorbitaron el dolor y la reacción del poder civil. Juan Bañuelos y José Emilio Pacheco fueron los primeros elegidos, y en sus disidencias de entonces, de algún modo, se cifra también el devenir axiológico del premio. Su participación en la historia de la cultura es un

hecho, pero acaso no lo suficientemente probado y, mucho menos, explicado. A esa urgencia crítica quiere responder la mayoría de los trabajos que aquí figuran.

Los editores resolvieron segmentar el volumen en cinco partes. En la primera de ellas, “Lecturas panorámicas”, sin hacerse explícito, se insinúan algunos vacíos que los asistentes a la fiesta de aniversario del Aguascalientes habrían de cubrir o, al menos, sondear. La componen sendos trabajos de Alejandro Higashi y José Ramón Ruisánchez Serra. Ambos se muestran cómodos por haber asistido a la espera del tiempo que ha transcurrido, y están en forma para usar eso a su favor. Ambos encuentran en el Premio no sólo un fenómeno que legitimar, sino también el recurso para discutir paradigmas de legitimación en la historia de la poesía mexicana del siglo xx. Y el dispositivo no ha de ser otro que el desmontaje de ciertas prácticas académicas y críticas, la vuelta al texto como primera y última estrategia, la lectura *in nuce*.

Volver una vez más a recorrer los versos es un reclamo nada desdeñable cuando se trata del Premio Aguascalientes. Su discurrir ha excitado taxonomías y discursos críticos amparados en nociones de comunidad estética, de escuela, de generación, de época que parecen haber satisfecho apetencias metodológicas y normativas procesuales de especialistas o “entendidos” hoy susceptibles de cuestionar. La historiografía también genera nebulosas que desvirtúan el fenómeno, faltan a los hechos. Por eso, Higashi parte del contradiscurso de lo que llama “la especulación canónica”, un conjunto de asunciones establecidas en el imaginario crítico que moldea la relación de los lectores con la poesía. Contra el canon como influencia y consorcio de legitimación, Higashi invoca una horizontalidad del ojo cuyos ejes pasen, ante todo, por los poemas. Su texto es una lección de desengaño para reescribir la historia de la literatura en el país. Empieza por airear ciertos criterios y variables, que andan aquietados en los sedimentos de la conformación del canon, para hacer preguntas, a veces paradójicas, a veces incómodas, muchas con respuestas a medias, muchas sin respuesta alguna, sobre posibles rutas o indicios que permitan volver a narrar. El Premio encarna para él una historia “no escrita” de la poesía mexicana. El atisbo de su marginalidad destabilizante, de sus constancias y vaivenes, es el principio de subversión de las tantas narrativas que se repiten de voz en voz, de maestro a estudiantes, en los *powerpoints* escolares, de los libros a las revistas.

También Ruisánchez invoca la necesidad de la relectura. Como la sospecha va hacia los modos de articulación crítica y política (cívica, social) del canon, y no contra la idea misma de un conjunto de obras favorecidas por la confluencia de los aprecio (del *magazine*, de la academia, del mercado, de los certámenes), Ruisánchez se concentra en los libros de cinco autores del Premio: José Emilio Pacheco, Coral Bracho, Fabio Morábito, Luis Vicente de Aguinaga y Jorge Humberto Chávez. Pero, ante todo, abandona el privilegio de la autoridad por el del pupilo. El gesto genera de inmediato una nostalgia por el valor cognoscente de la poesía. Sin lastimeras acusa-

ciones, Ruisánchez nos recuerda que aun en una época en la que el número de poetas y lectores se distancia en sentidos opuestos, el lenguaje de la poesía tiene mucho que aportar a la sensibilidad de lo real, a las comunidades de símbolos y percepciones que crean también las comunidades de los hombres.

La siguiente sección del volumen tiene un nombre definitivamente prometedor y, sin duda, algo más adecuado a su contenido que la primera: “Sociología del Premio”. El trabajo con el que abre es una glosa al título bajo el que se inscribe el conjunto: responde por qué el Premio ha sido un reflejo de las contorsiones de la poesía mexicana, o, más bien, inquiriere sobre los grados de concomitancia y disrupción entre las realizaciones del Premio y otras formas de legitimación de autores y poéticas en el campo literario. Jorge Aguilera va por épocas anotando aspectos distintivos desde 1968 hasta la actualidad, siempre sobre una perspectiva más o menos sociológica que mira el comportamiento de las diversas instituciones y prácticas sociales, políticas, pragmáticas, logísticas que hacen posible a la poesía seguir su curso natural de lo íntimo al olvido o a cualquier expresión de trascendencia. Tal vez el resultado mejor logrado de Aguilera sea la ejemplificación de una tesis que ya se venía postulando: los fallos del Premio no han seguido a lo largo de los años una línea, una predilección, no han aupado poéticas: lo mismo han celebrado el verso libre que formas estróficas tradicionales, verso medio que rimado, coloquialismo que lirismo, intelectualismo y trabajo con el lenguaje, el epigrama seco y corto, las inmersiones metapoéticas o un poemario de tema rural evocador de experiencias compartidas, comunitarias, universales. O quizá, simplemente, lo más atractivo de su artículo —y que a pocos de los ponentes publicados parece interesar— es el señalamiento de esos momentos en que las dinámicas y los procederes de las instancias del Premio (jurados, convocatorias, fallos, postulantes, obras) se acercan más al espejo de las derivas propias de la sociedad con sus pugnas y sus reajustes, sus formas de acomodo político.

Es Aguilera el responsable de que el lector quede demandando una valoración de ese fenómeno en el texto de Claudia Sorais Castañeda cuando anuncia que su trabajo va a escrutar el vínculo entre las políticas gubernamentales de la cultura y las composiciones del jurado del Premio. El método de la autora consiste en seguir la ruta de los detentadores del poder de decisión. Sobre el principio de que el Aguascalientes es una mina de prestigio y legitimidad social, Sorais despliega un conteo estadístico —muy ilustrativo, por cierto— que demuestra expresiones de inequidad genérica y geopolítica, así como algunas recurrencias de nombres entre los decisores del valor y de la calidad a lo largo del tiempo. La falta de “un reglamento [...] más allá de las propias convocatorias” que salve los nombramientos del *sociolismo* y el *lobby* de influencias ha podido sancionar el resultado en varias de las ediciones, nos dice la autora. Sin embargo, la proclama de equidad, representatividad y diversidad con la que cierra la autora su texto cae de lleno en el terreno de la demanda política; algo que, por necesario

que resulte en una sociedad como la nuestra, no deja de poner en riesgo —si es que esto aún importare a alguien— la función principal de un premio de poesía, a saber, celebrar la calidad estética, más que moral, más que política, del uso de la lengua.

En los siguientes dos textos, sin bien no por obedecer a los algoritmos de inclusión social y sí por una urgencia política resuelta más desde la exégesis textual y los discursos de género que desde la sociología, se revisa la afluencia de mujeres en el podio históricamente dominado por el hombre-poeta. La pregunta que se hace Yolanda Segura estimula tanto el trabajo precedente como el de Yelitza Ruiz que le sigue: “¿Se explica [la ausencia de mujeres poetas en la lista de premiados] a partir de la elección de los jurados mismos o, por el contrario, obedece a razones meramente literarias?” (121). Mientras Segura echa mano de los mecanismos de *open reading* que le ofrece Franco Moretti para esbozar una cartografía de afinidades y contrastes entre las nueve poetas que han sido reconocidas, Ruiz insiste en la escandalosa proporción que representa esa cifra frente a los cuarenta y un hombres galardonados. La ginocrítica le funcionará entonces de plataforma para leer la poesía de las mujeres como un universo particular, marcado —ineluctablemente, asegura Ruiz— por la sexualidad y el género, donde “una serie de códigos ideológicos, políticos y culturales” (142) de una época se hace visible en el cuerpo retórico de las autoras. Las estudiadas son: Elena Jordana (1978), Coral Bracho (1981), Myriam Moscona (1988), Elsa Cross (1989), Malva Flores (1999), María Baranda (2003), María Rivera (2005), Dana Gelinás (2006) y Minerva Margarita Villarreal (2016). Sorais, Segura y Ruiz no serán las únicas en atender esta zona: también lo harán, más adelante en el volumen, Ilse Díaz Márquez a partir de los libros ganadores de Moscona y Cross, en los que hallará recurrencias al misticismo y a varias figuras míticas femeninas; mientras que Eva Castañeda irá por Elena Jordana, y Andrea Alamillo por Minerva Margarita.

Esta segunda sección del volumen termina con dos apariciones discutibles. Y lo digo menos por el trabajo de Jorge Terrones, quien exhibe una nada desdeñable recolección de datos e información sólo para atacar el hecho de que los concursos literarios con las bases de sus convocatorias limitan, de algún modo, una(su) noción quizá algo idealizada de lo que llama “libertad de la poesía”, que por el texto que firma Mario Antonio Frausto Grande; se trata de la promesa incumplida de “debatir” conceptos desde los estudios culturales a partir de ciertas variables aplicadas a la historia del Aguascalientes. Y si digo *incumplida* es porque nunca el autor se enrumba en discusión alguna con la bibliografía ni aventura reflexiones de tipo epistemológico que contribuyan al propósito que enunciaba desde el título mismo del texto. Haciendo un uso utilitario de los conceptos y limitándose a las formulaciones de un par de autores, Frausto Grande equipara, de manera maniquea, *subalternidad* y *hegemonía*, *provincianismo* y *centralidad* con las dos etapas del Aguascalientes: cuando se denominaba Juegos Florales (1931-1967) y tras 1968 ya como Premio Bellas Artes de Poesía. Si intentos

como estos llegan al foro del congreso por muy concretos e ineludibles compromisos políticos, su inclusión en las actas definitivas debería ser estimada con mayor cautela.

Por suerte, en adelante, las palabras de Higashi se convierten en conjuro para el grueso que componen las dos secciones mayores de *Una tradición frente a su espejo*. Al menos aquellas que invitaban a la vuelta al texto y a la horizontalidad del ojo. Llegamos al momento del libro en el que los investigadores (algunas y algunos también poetas, o como el propio Luis Vicente de Aguinaga, galardonado) combinan mejor las maneras del crítico con el largo aliento de la investigación. Aunque, claro está, es la oportunidad que da la fiesta (el aniversario, el congreso, la edición) la que tornan a su suerte los catedráticos para proceder con su ejercicio vocacional de arqueología y traer al disputado territorio de la visibilidad y del reconocimiento a varios de los premiados a punto de sepultura en la historia de la literatura, que no necesariamente en la literatura. El cariz enfático que toma entonces el volumen en los siguientes dos segmentos, sin embargo, más que molestar, pone en evidencia los bamboleos de una tesis que vemos repetirse tal vez demasiadas veces como para pasar inadvertida: la supuesta legitimidad y prestigio que otorga a los ganadores el célebre Aguascalientes en la cultura mexicana.

Si así fuera, nada justificaría el dejo reivindicativo que transpiran la calada de Eva Castañeda en la obra de Elena Jordana —interesante no sólo por ser la primera mujer tocada por la gracia, sino por el jurado que se la otorga y el contexto histórico-literario del que hoy le es difícil salirse camino a las librerías—; o las rarezas de Hugo de Sanctis, otro argentino como Jordana por cierto, que poco no han tenido que bregar para leerse, según cuenta Verónica González Arredondo; o las propuestas de recuperación de la obra de Antonio Deltoro y de Desiderio Macías Silva, emparentados sentimental y biográficamente con Adán Brand y Liliana Muñoz Sandoval, quienes las revisan con detenimiento.

Al mirar las reincidencias de los premiados después del cambio de siglo, es destacable, a pesar de la proximidad que siempre rehúye la academia, que se personen en la lista de los favorables al juicio Luis Vicente de Aguinaga, Jorge Fernández Granados, María Rivera y, para mi sorpresa, una *poetisa* de terciopelo y rapé como Minerva Margarita Villarreal. El acercamiento viene por varias aristas. El de Diego Alcázar Díaz presta atención a las entregas de los tres primeros por sus afinidades hacia la “experiencia autobiográfica” y la explotación de la memoria “como constructo literario que apela a una lectura en busca de asideros de la tradición” (200).

Pero hay dos indiscutibles, a juzgar por este foro, que gozan de una jerarquía en el canon: *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (José Emilio Pacheco) y *La zorra enferma* (Eduardo Lizalde). Gustavo Osorio de Ita y Mariana Ortiz Maciel en particular se encargan de prestar argumentos desde la retórica y el análisis tropológico y compositivo para demostrarlo. A su entender, no sólo se trata de la influencia que ejercieron en

poetas posteriores, sino de la sacudida que causaron en las maneras en que la crítica y demás entidades legitimantes empezaron a valorar la poesía. Son los que son, sugiere Ortiz Maciel, los que mejor encarnaron la “tradicción de la ruptura” —que actualiza a su modo Higashi—, los que se dieron cuenta de que los paradigmas y los valores que sostenían el gusto de la poesía estaban en crisis, y había que acabar de hacer la revuelta, con todo lo que implicaba de regresión a ciertos padres. Pacheco encarna la revolución de la poesía y el lenguaje; Lizalde, la de la poesía y la ideología.

La atracción que despierta *un (ejemplo) salto de gato pinto*, de José de Jesús Sampedro, viene a perpetuar la altura de Lizalde, premiado sólo un años antes. Alejandro Palma Castro lo lee en diálogo con las expresiones de la neovanguardia de los años setenta en México y en América Latina; Iván Cruz Osorio pone *La zorra enferma* y *un (ejemplo) salto de gato pinto* en línea con varias de las articulaciones poéticas que transparentaron las tensiones políticas nacionales. En lo que resulta uno de los trabajos mejor anotados e investigados, Cruz Osorio echa el ojo sobre los entramados de contacto entre lo poético y lo político en el campo ideológico y cultural de la década del sesenta y setenta para valorar los poemarios de Lizalde y Sampedro, o aun más allá, sobre una línea de poesía de inquietud y cuestionamiento crítico al poder desde Juan Bañuelos y Oscar Oliva hasta las futuras o presentes luchas sociales de sectores feministas, LGTBIQ+, raciales, étnicos. Como para no quedarse atrás, se esté de acuerdo o no con algunos de sus juicios, Osorio es el único de los autores que, como un militante de siempre, usa el espacio que se le ofrece, pautado por instancias gubernamentales, para cuestionar a los actores mismos que lo propician.

“Se cierra el círculo” —título del último segmento— en sintonía con esa salutación al despliegue de la poesía en las calles, a la humanización de la palabra poética en los discursos más apremiantes de la realidad en nuestras comunidades, en la sociedad, en las batallas de cada cual. Los organizadores del evento hicieron coincidir el discurso de recepción del ganador de la edición 51 del Premio con el “ejercicio de reflexión y diálogo que significó el Coloquio” (13). Razones había para continuar los empalmes. Con el triunfo de *Libro centroamericano de los muertos* de Balam Rodrigo, la dicha del Aguascalientes regresaba a un autor de Chiapas, lugar de origen de Juan Bañuelos, con el que se inaugura el concurso en 1968. Su conferencia da una volteada al libro, redirecciona todas las miradas hacia la frontera sur del país, hacia un territorio simbólico donde las pasiones y los horrores de la guerra, la intemperie de lo prenatal, los desplazados siempre en tránsito, los refundadores de la orfandad, los guerreros de sus propias batallas hallan y reconforman su propia tradición, su propia desterritorialidad, veneran sus propios mitos, inventan su lenguaje. Tanto la poesía de Juan Bañuelos como la de Óscar Oliva, ganador en 1971, adquieren fuerza y, a todas luces, actualidad cuando se leen al contacto de una órbita de poetas chiapanecos y, especialmente, al compás de los poemas de *Libro centroamericano de los muertos*.

Porque esto es un volumen de extrañas conspiraciones, de coincidencias previstas y de espejos por todos lados, apenas puede asombrar que junto a la presentación de Balam Rodrigo se incluya también su primera glosa crítica. El responsable es Víctor García Vázquez, en contubernio con el poeta, claro está. Y, en verdad, no podría decir que traicione la dinámica de *Una tradición frente a su espejo...*, porque habla de gemelos, de poesía testimonial, de los tonos y causas compartidos entre Bañuelos y Rodrigo.

En lo que le ha costado a este libro aparecer y circular, al paso de la pandemia incluso, el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes ya nombró una ganadora en su edición 52: Elisa Díaz Castelo. Si alguien hallare nexos entre sus páginas y las de Balam Rodrigo, entonces a ese habría que darle otro premio. Igual nada hay de qué preocuparse; como recuerdan varios de los estudios aquí reunidos, los cauces de la poesía seguirán como siempre en los poemas.

Roberto Rodríguez Reyes
Rialta A. C., México
roberto.rodriguez@rialta.org

